

los noventa todavía no sabía captar: lo religioso como íntima experiencia, como expresión plástica de lo humano, de lo social-humano.

La transformación operada en la obra religiosa de Rouault, su recia estructura y el resplandor de esmalte del colorido va cobrando cada vez mayor afinidad con la pintura de vidrieras, creadas para las catedrales por aquellos humildes artífices cuya anonimidad él nunca ha dejado de envidiar. Vemos que en cada una de sus etapas sucesivas, Rouault es más taciturno. El contenido se va haciendo más escaso, se acerca cada vez más al jeroglífico simbólico, se vuelve tanto más expresivo cuanto más se limita a sugerir. Una desmaterialización que transpone su sentimiento religioso a la factura pictórica. Se ha hablado de la "factura religiosa" de sus cuadros.

Rouault se inspira en los grandes expresionistas: Grünewald, Rembrandt, Daumier, Van Gogh, y también Goya, para enumerar tan sólo a los que él mismo considera sus maestros.

La experiencia que adquirió en la restauración de vidrieras antiguas fué naturalmente de la más alta importancia para él. Es cierto que sólo mucho más tarde —20 años después de abandonar el taller de Hirsch— empieza a cristalizarse, en la serie de los jueces, aquel estilo rouaultiano, aquellos gruesos contornos negros que aprisionan la figura como tenazas y hacen que refuljan místicamente los colores que encierran, esos rojos, amarillos, azules, verdiazules, todos ellos colores fuertes, vibrantes de pasión y espíritu. En la serie anterior, la de las prostitutas, el contorno está todavía abierto como en Van Gogh: trazos agitados, nerviosos, que se entrecruzan en un desenfrenado movimiento hacia arriba y hacia abajo. En el período que precedió a la creación de la serie de los jueces hay que situar esa vi-

vencia que se llama Cézanne: la estructura arquitectónica de un cuadro. Pero la magia de la vidriera gótica que envuelve los sentidos como incienso y sonido de órgano, reside en otra cosa más: en la misteriosa transparencia de los vidrios de color, por los cuales se filtra el sol. Se sabe que la prodigiosa vida que alienta en las vidrieras góticas se debe al brillo del sol, a la luz del sol que cambia de hora en hora. Alcanzar en el lienzo un efecto idéntico o semejante parece imposible. Rouault lo ha logrado. El sabe impregnar sus telas de profundísima intensidad colorística, sabe hacerlas transparentes y encerrar en ellas los rayos solares y la luminosidad de los cielos. ¿A qué secreto técnico se debe este milagro? Nos han aclarado esta cuestión las investigaciones de un crítico de arte y coleccionista francés sobre Bonhomme, un malogrado pintor, compañero de estudios de Rouault, ya olvidado. En una época cuando Rouault y ese pintor trabajaron juntos se les ocurrió la idea de utilizar la benzina como disolvente para las pinturas al óleo. Con toda probabilidad es éste el secreto —hasta donde reside en un recurso técnico— de ese fulgor desde dentro, de esa suntuosidad plástica de la visión que caracteriza los cuadros de Rouault.

Aquella aguafuerte: "El hombre es el lobo del hombre", pertenece a un álbum de 57 grabados que Rouault publicó hace unos años. Dentro de la obra extensa de Rouault ese álbum tiene un lugar aparte e importantísimo. Rouault trabajó unos veinte años en esta serie de grabados. Fueron para él una especie de diario. Por así decirlo, apuntó en ellos sus vivencias. No los fugaces sucesos de todos los 8 días. A este respecto es en sus grabados tan taciturno como siempre. Pero siente la íntima necesidad de fijar en el cobre sus vivencias anímicas, las angustias que lo atormentan, el espanto que le sobrecoge

ante una humanidad privada de sus valores espirituales, que adora la materialidad y el poder; ante esa decadencia del ser humano que no sólo se ha convertido en lobo, que es orgulloso de su bestialidad. No alude a los acontecimientos de actualidad, ve las cosas del mundo desde un punto de vista más elevado, trata de penetrar en su sentido, los somete a su criterio, el criterio de un espíritu humano y religioso. Humana y religiosa, ésta es la actitud de Rouault ante el mundo. Lo religioso ha tomado el camino de lo social.

"Miséréré et Guerre" fué para Rouault lo que los "Desastres de la guerra" para Goya: un libertarse de las dolorosas vivencias que acosan el alma en tiempos apocalípticos. Ambas series son documentos humanos. Goya, perteneciente a la época de la Ilustración, está convencido de que una fiel reproducción de las atrocidades de la guerra contribuirá a impedir una recaída en esa barbarie. Rouault plasma algo distinto: la devastación que la barbarie causa en el alma, el espíritu, la moral del hombre. Desde los síntomas procura penetrar en la naturaleza de la enfermedad.

En un artículo publicado por la revista "Verve" de París, Rouault dice: "He pintado abriendo los ojos día y noche hacia el mundo perceptible, y cerrándolos a veces para mejor ver cómo brota la visión y para someterla a una disposición ordenada." Mediante esta mezcla de visión y realismo —realismo que es al mismo tiempo un avanzar hacia el sentido del fenómeno, tan problemático en este mundo del siglo XX— Rouault logra dar expresión a la inquietud de nuestra época, a nuestra angustia espiritual, no menos honda que aquella otra angustia que se apodera de la humanidad ante la deificación de la violencia, en espera de lo que puede venir.

"JIM CROW"

Por José ROJAS GARCIDUEÑAS

(La reciente expulsión de una estudiante universitaria y otros actos segregacionistas, en Alabama, han atraído de nuevo la atención hacia el grave y permanente problema racial de los Estados Unidos, he creído oportuno ofrecer en esta revista universitaria los siguientes párrafos, como testimonio personal, páginas de una serie de apuntes que he llamado Cuaderno de State College, redactado hace 6 ó 7 años pero inédito.)

ALGUNA vez, en poblaciones texanas de la frontera visitadas anteriormente, y luego durante este viaje (en 1948), en estaciones de Texas y de Arkansas, había visto los letreros que indicaban lugares reservados para los negros y eso, como toda noticia de los malos tratos y de humillaciones por motivos raciales, me produjo siempre una violenta indignación rayana en cólera. Por lo mismo, cuando en la etapa última o penúltima de mi viaje de ida, cambié del Missouri Pacific al ferrocarril de Pennsylvania y vi que allí los negros compartían con nosotros los mismos carros y el mismo comedor, sentí auténtica y profunda satisfacción. Semanas después me sor-

prendió ver la enorme proporción de población negra que tiene Filadelfia y quedé complacido de no encontrar letreros que impusieran clasificaciones estúpidas, creo que hasta tuve la ingenuidad de pensar que toda discriminación sería imposible en esa ciudad que en su propio nombre pregona los conceptos de fraternidad y de amistad.

Nada se me ocurrió indagar, simplemente —¡verdadera simpleza!— supuse que la discriminación racial respecto a los negros era cosa exclusiva de surianos espurios y ajena a los libres yanquis del Norte. La fácil hipótesis parecía confirmada por la circunstancia, no ignorada de mí, de que la institución a la que yo ser-

vía —The Pennsylvania State College—, no discrimina a nadie pues cuando el solicitante pide su admisión la Universidad examina sus calificaciones y antecedentes académicos, pero nunca investiga nacionalidad, religión ni raza. Diariamente veía yo a los estudiantes negros de "Penn State", en verdad muy pocos, asistir a clases y convivir con los demás muchachos y alternar con las chicas rubias o morenas, sin taxativa alguna. Por lo menos en ese aspecto me sentía complacido de vivir en un país civilizado o, mejor dicho, en la región civilizada de ese país.

Pero ni el barrio en que se vive se conoce en un día, ni tampoco deben hacerse juicios prematuros en cuestiones tan com-

plejas como son las condiciones sociales de un país extranjero; de nada sirven las hipótesis gratas cuando no tarda en mostrarse la ingrata realidad.

Un mediodía, a los principios del invierno, terminadas mi tareas de la mañana me dirigí, como de costumbre, a tomar el lunch. Salí del Campus y caminaba apresuradamente cuando me sorprendió ver cuatro o cinco estudiantes, hombres y mujeres, que pasaban y repasaban frente a una peluquería, enarbolando unos carteles; a pocos pasos la escena se repitió ante otra barbería, también allí unos muchachos paseaban carteles que, en gordas letras pintadas a mano, tenían leyendas como: *¡Estamos por la igualdad de derechos!*, *¡debe haber auténtica democracia!*, *¿somos demócratas o nazis?*, y, sobre todo, repetían: *¡Abajo Jim Crow!* y las iniciales *N. A. A. C. P.* Nada entendí de esto último ni tampoco me detuve a inquirir, yo tenía prisa y hambre y empezaba a nevar. En el restaurant comenté la noticia con mi mujer y por la tarde tuvimos la explicación de lo que había ocurrido.

Supimos que en una de las cuatro peluquerías de State College se habían negado a atender a un estudiante negro. La cosa no era nueva, sólo que nosotros ignorábamos los antecedentes. En realidad, en la Universidad no había discriminación ninguna, pero en el pueblo sí; dentro de Campus todos los estudiantes tienen iguales derechos, pero fuera de él cualquier particular dueño de un negocio, por una perversa interpretación de la libertad individual, puede hacer entre sus clientes la selección o diferenciaciones que le venga en gana. No solían hacer ninguna ni los restaurantes ni los cines ni otros negocios, pero sí la hacían las peluquerías, no sé por qué causa y supongo que únicamente por la voluntad de sus propietarios, de modo que el medio centenar de estudiantes negros para arreglarse el pelo se veían obligados a ir a Tyrone, una ciudad situada a veinte o treinta millas de State College.

En tales condiciones, la víspera del día a que antes me referí un muchacho negro entró a una peluquería de State College pidiendo le cortaran el pelo, los peluqueros se negaron a servirlo y lo expulsaron del local. El negro avisó a sus compañeros y los estudiantes adversos a la discriminación racial armaron el alboroto: destacaron piquetes de guardia frente a las peluquerías, repartieron volantes y fijaron carteles de protesta, hicieron propaganda antidiscriminatoria por la radiodifusora del College, estimularon un boicot contra las peluquerías del pueblo y, finalmente, convocaron para un mitin de protesta.

El alma de ese movimiento, que desgraciadamente no prosperó mucho pero que al menos agitó por varios días la tranquila rutina de la vida del lugar, los activos organizadores fueron los miembros de ese grupo cuyas iniciales *N. A. A. C. P.*, no pude entender hasta conocer el nombre completo: *National Association for Advancement of Colored People* (Asociación Nacional pro Mejoramiento de la Gente de Color, diríamos aproximadamente nosotros).

Tres o cuatro días después, un sábado a las dos de la tarde, se efectuó el mitin en la terraza frente al pórtico de Old

Main. Dos horas largas estuvimos ahí de pie, Margarita y yo, resistiendo una temperatura de algunos grados bajo cero y las rachas de un vientecillo helado, bajo un cielo sucio que amenazaba deshacerse en nevizca de un momento a otro. Pero, de las muchas molestias que pasamos allá, seguramente esa fue una de las poquísimas que aceptamos con gusto. Ciertamente no era mucho el agregar dos personas a la concurrencia, pero no po-



GENERAL NATHAN BEDFORD FORREST
... señaló el camino del Ku-Kux-Klan...

díamos hacer más y, por otra parte, por un sentido de elemental decoro y por íntimo y fuerte impulso, nos era preciso manifestar, al menos en esa forma, nuestra protesta contra esos actos y esos principios de lesa humanidad, que manchan y rebajan no sólo a quienes los practican sino también a quien los acepta y voluntariamente los tolera.

Fueron varios los oradores: habló el estudiante agraviado, causa de la protesta, luego una profesora, también negra, que tenía un cargo directivo en la *N. A. A. C. P.*, y había hecho el viaje desde Filadelfia o Harrisburg para asistir al mitin; un profesor de "Penn State" se unió en nombre propio y en el de muchos colegas a la protesta; otro estudiante se refirió a la discriminación contra los judíos que, aunque menos intensa y más limitada que la relativa a los negros, constituye un aspecto más en el grave problema racial de los Estados Unidos; más oradores tocaron fases diversas de la cuestión tales como los esfuerzos de algunos gobiernos, particularmente el de Franklin D. Roosevelt, en pro de conseguir la igualdad efectiva de todos los norteamericanos, refiriéndose también a la importante colaboración de los negros en la vida norteamericana desde la cultura y el arte hasta su contribución de sangre en la última guerra, donde muchos negros ayudaron a salvar una democracia que les sigue negando aquella igualdad

y aquellos derechos que con sus propias vidas habían defendido.

Todo eso me llevó, entonces, a inquirir y enterarme mejor del terrible problema, pútrida llaga del cuerpo social de los Estados Unidos. Con el profesor N. L. Brentin, buen compañero y gran amigo a quien debo innúmeros favores, espíritu noble y corazón magnánimo, tenía yo largas conversaciones y cierta vez le pregunté cuántos y cuáles son los Estados de la Unión en donde se discrimina a la población negra.

—¿Discriminación? ¡En todos!, me contestó.

—¡Cómo!, repliqué francamente sorprendido, ¿no es solamente en el Sur? Aquí no he visto indicación ninguna que separe a negros y blancos, y me consta que los negros viajan en los mismos transportes y entran a los mismos cafés que los blancos, lo he visto en Pittsburgh, en Harrisburg, en Filadelfia y aquí en State College, y por lo mismo me ha extrañado mucho lo ocurrido a ese estudiante en la peluquería.

—Sí, me dijo Brentin. Pero es que usted está confundiendo discriminación y *Jim Crow*. A la separación de colores, a la segregación oficial de negros en determinados lugares le llamamos *Jim Crow*; no sé de donde venga ese nombre absurdo, pero todo el mundo lo entiende. *Jim Crow* oficial sólo lo hay en el Sur, no sé exactamente en qué Estados, tal vez de Missouri para abajo y sobre todo en Texas, Alabama, Arkansas, Georgia y todo eso; aquí en el Este y en el Norte no hay *Jim Crow*. Pero discriminación, desgraciadamente, la hay en todos los Estados Unidos porque en ninguna parte del país el negro se encontrará en el mismo plano social, de negocios, de trabajo, etc., que el blanco. Es lamentable y yo estoy en contra de eso, pero así es.

Así pues, la discriminación es total y general: el sistema de segregación, *Jim Crow*, también lo hay en todas partes, solamente que en el Sur es oficial, expreso y más brutal; en el Norte la ley no lo impone, pero lo tolera y lo deja al arbitrio de los particulares. Y hasta hay quienes opinan que acaso el *Jim Crow* del Sur sea preferible, en cierto modo, aun para los mismos negros, porque allá el interesado sabe siempre con precisión a dónde puede entrar y a dónde no, mientras que la aparente e hipócrita tolerancia del Norte le mantiene en constante inseguridad: en Filadelfia, en Baltimore o en Nueva York, el negro que no conozca previamente la ciudad y no tenga amistades que la informen, nunca sabe si en un hotel le admitirán o no, ni si le servirán en un restaurant o podrá entrar al teatro o al concierto.

Es indudable que tales condiciones crean una situación falsa que debe de ser muy molesta para los negros, dejándolos sujetos a continuas ofensas y humillaciones. Mas, a mi juicio, peores son las canallerías de que son víctimas en los Estados del Sur, por eso han emigrado en tan gran número y las ciudades del Norte tienen tan fuerte proporción de población negra.

En el Sur la condición del negro es tan dura y opresiva que ha llegado a

crearle un hondo sentimiento de temor y desconfianza tan arraigado y profundo que, en muchos casos, es ya subconsciente. El propio Brentin, cuya posición antidiscriminatoria me consta y de cuya sinceridad tengo el más íntimo convencimiento, me refirió la siguiente anécdota que me parece altamente reveladora:

En los últimos meses de 1947 el equipo de foot-ball de Penn State fué a Texas a competir con los universitarios de allá. En el equipo de Penn State había dos o tres magníficos jugadores negros, muy considerados por su destreza, y esto ocasionó dificultades para el encuentro con los texanos; logróse allanar la resistencia y, por vez primera, en suelo de Texas hubo un partido de foot-ball en el que muchachos blancos y negros jugaron juntos. Ganó Penn State y así, por primera vez también, blancos texanos, en su propia tierra, fueron derrotados por jugadores negros. El suceso tuvo gran resonancia, cosa tanto más fácil puesto que de los acontecimientos deportivos todo el mundo se informa, y se habló mucho y largamente de ello. Poco después, a principios de 1948, mi amigo Brentin hizo un viaje a México; venía en su automóvil y en un pueblo de Texas, mejor dicho, en una gasolinera de la carretera, se detuvo para aprovisionar su coche. Acudió a atenderlo un empleado negro y, mientras ponía gasolina, revisaba las llantas y demás menesteres, Brentin trabó conversación con él, le dijo que venía de State College, cosa que además podía colegirse por la pequeña placa del College junto a la otra, mayor, del Estado de Pennsylvania, y asociando las ideas, Brentin le preguntó al negro:

—Y, ¿qué se dice de nosotros aquí?

La alusión al juego era evidente y el negro la recogió al instante,

—¿Habla usted del foot-ball?

—Sí, dijo Brentin.

Entonces el negro dudó un segundo. Ciertamente nadie podía oírlos, estaban solos al borde de la carretera, pero rápidamente el negro debe de haber pensado que era peligroso mostrarse contento de que muchachos negros hubiesen competido y vencido a los blancos texanos, tampoco quiso mentir, en fin, quién sabe qué obscuras inhibiciones hayan funcionado, el hecho es que, tras brevísimo silencio, evadió lisamente la cuestión diciendo:

—A mí me gusta más el base-ball.

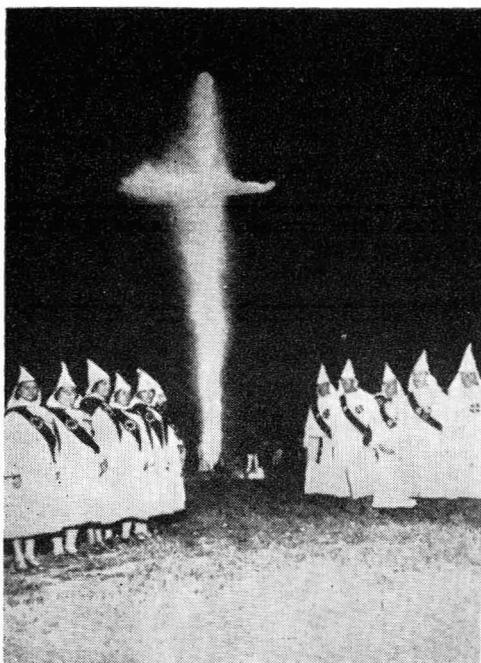
La discriminación es continua y terrible en todas partes y alcanza puntos que serían ridículos si no fuese por el fondo de malquerencia y odio que los vuelve abominables.

Yo ví un vulgar libro de texto en que había una anécdota o cuentecillo que terminaba por un chiste o burla que un chiquillo hacía a una cándida señora, ese capítulo estaba ilustrado con un dibujo en que el niño aparecía en la figura de un gracioso negrito y eso fué bastante para que en Boston la censura, no oficial pero sí unánime de los profesores de varias escuelas, rechazara enérgicamente el libro por la intolerable ofensa de que apareciera un niño negro riéndose de una señora blanca; la casa editora tuvo que hacer nueva edición "blanqueando" al muñequito.

En Nueva York los turistas suelen visitar aquella parte del N.O. de Manhattan llamada Harlem que, entre paréntesis, poco tiene de pintoresco y no es sino una vasta barriada donde mucha gente pobre se apiña en horribles casas; tal vez los visitantes suponen que si los negros se reconcentran allí es tan sólo por sus particulares y libres preferencias, pero la realidad es otra. Lo cierto es que los



... el nacionalista Ku-Kux-Klan ...



... canallesca institución ...



... revivir la cólera y el asco ...

blancos se niegan a convivir con los negros y, aunque la ley nada dice, los propietarios blancos de los demás barrios no alquilan sus casas a los negros, y en los contratos de compraventa se inserta estipulación expresa por medio de la cual el comprador se compromete a no transmitir ni la propiedad ni la posesión del inmueble a individuos de raza "de color"; en tal forma, los negros se ven reducidos a vivir en donde los blancos quieren; así se ha formado el Harlem negro. Pero tampoco es eso todo: los negros tienen que vivir en Harlem, mas da la "casualidad" que la inmensa mayoría de los propietarios de las casas y vecindades de Harlem son grandes ricos precisamente de raza blanca, que imponen rentas tres o cuatro veces más altas de las que corresponderían a iguales fincas en otros barrios pero, como los negros no pueden vivir en otros rumbos, quedan siendo víctimas de esa otra forma de explotación.

En cuanto a los salarios de hambre, los malos tratos, la explotación en las formas más inhumanas que sufren los negros del Sur, no hay ni para qué insistir, como tampoco deseo revivir la cólera y el asco, mencionando las torturas, los linchamientos, los crímenes de toda suerte, con que los Estados del Sur mantienen su opresión sobre la población negra, de todo lo cual es resumen y ejemplo esa naciona-



... aquellos rigoristas puritanos ...

lista (¡tenía que ser!) y canallesca institución del Ku-Kux-Klan.

Indudablemente la única solución para semejantes problemas raciales es acabar con la diversidad de razas, pero no hay indicios de que los Estados Unidos quieran entenderlo, a menos que lo entiendan a la manera nazi: con campos de concentración, cámaras de gases y hornos crematorios. Aquí en México tuvimos afluencia de raza negra desde el siglo XVI y no tenemos problema negro porque casi no hay negros: a través de los años se han ido fundiendo con las otras razas, esa actitud mucho más cristiana que la de aquellos rigoristas puritanos nos dió la solución. En cambio, la población negra de los Estados Unidos, que hoy alcanza unos veintitrés millones, aumenta continuamente y, en consecuencia, el problema no hace sino agravarse a pesar de las restricciones, la opresión, las torpezas y los crímenes, de que hacen continuamente víctimas a esos 23 millones, explotados y degradados por la mayor parte de sus compatriotas del "pueblo más libre de la tierra".